

LA SOMBRA DEL CHE

La sombra del CHE GUEVARA se proyecta amenazadoramente sobre el gobierno del presidente René Barrientos en Bolivia. Así como los asesinos de César terminaron sus vidas trágicamente, rechazados por la justa ira del pueblo romano y viendo desplomarse los sistemas que defendían frente al hecho indestructible de la consolidación del imperio, los militares en Bolivia terminarán por perder el poder, ahogados en la sangre del Che.

La publicación de su Diario en Cuba, fue el primer golpe fuerte al régimen de Barrientos, asestado magistralmente por Fidel Castro, cuando se paseaba por Norte América y otros países en vana tentativa de romper la repugnancia que empieza a cobrar fuerza en todo el mundo, hacia quien cobardemente asesinó a uno de los más grandes idealistas hispanoamericanos.

La fuga del ministro de gobierno, Antonio Arguedas, ocurrida hace quince días, es el segundo acontecimiento, ya de orden interno y directo, que hace tambalear el gorilato. Arguedas había entregado el Diario a los cubanos, considerando, como él mismo lo dice, eran los únicos con derecho moral a publicarlo.

En La Paz se viven horas de incertidumbre. El sacrificio de Guevara empieza a encontrar eco en el corazón del pueblo, despertando sectores políticos e intelectuales que rechazan la Presidencia y el mando de quienes están tintos en sangre. Y así tenía que ser porque un vil asesinato de las características del cometido hace casi un año en Bolivia, no puede ser la base de un gobierno.

Es un hecho indiscutible que Guevara fue ametrallado cobardemente, cuando estaba herido y amarrado, indefenso ante captores y victimarios, en la pequeña población de Higuera. Allí se le dejó deliberadamente, para perpetrar el asesinato en las horas de la madrugada, informando posteriormente que había perecido a consecuencia de las heridas recibidas en el combate. Pero el más elemental análisis desbarata esta afirmación, pues con las heridas que presenta el cadáver cuando numerosos periodistas lo contemplaron en Valle Grande, en el hospital del Señor de Malta, necesariamente mortales no hubiera podido caminar, conversar, comer y fumar como los mismos militares bolivianos relataron, en torpeza inaudita que permitió el establecimiento de la verdad. Guevara perfectamente habría sobrevivido, pero el régimen de Barrientos resolvió ultimarle, cubriéndose de eterno oprobio, porque carecía de grandeza para conservarlo cautivo conforme a las leyes universales.

Los últimos momentos del Che Guevara ya no son una incógnita. Funcionarios civiles y militares de Bolivia, en natural desacuerdo con el crimen han relatado con mínimos detalles la verdad.

Acosado y detenido por las fuerzas comandadas por el Capitán Gary Prado, el Che fue herido por una ráfaga de ametralladora junto a la quebrada del Churo. No obstante, uno de sus compañeros apodado Willy, realmente Simón Cuba, logró transportarlo a la otra orilla y ascender con él a cuestras hasta una colina en que esperaban estar a salvo. Allí los dominaron las avanzadas tácticamente apostadas, perdiendo la vida Simón Cuba y quedando preso Guevara. En la tarde lo llevaron a Higuera y lo encarcelaron en una vieja escuela. No quisieron transportarlo a Llano Grande pese a que el aviador que piloteaba un helicóptero sugirió hacerlo, ofreciéndose a ello en gesto de elemental hidalguía, porque ya el coronel Selnich, siniestro verdugo al mando de Barrientos había recibido órdenes terminantes de asesinarlo en las horas de la madrugada.

El teniente Toty Aguilera practicó algunas curaciones de emergencia a Guevara, bajo su misma dirección, en las heridas recibidas durante el combate, dos en las piernas y una en el pecho, sin carácter mortal. El herido estaba sereno y dialogaba cordialmente con los soldados y oficiales de menor graduación, lo mismo que con la maestra que le sirvió en dos oportunidades algo de comer. Frente a Selnich, que pretendía obtener datos determinados, permanecía silencioso o contestaba con superioridad manifiesta.

Poco a poco los mandos militares llegaron a la conclusión de que nada lograrían sacar al prisionero y que conservarlo vivo era en extremo peligroso para la estabilidad política, nacional e internacional del Gobierno. De La Paz llegó una orden terminante: había que hacer un último esfuerzo para que Guevara confesara algo y de todos modos, liquidarlo en las horas de la madrugada.

El coronel Selnich se inclinó sobre Guevara, quien permanecía herido y amarrado en una silla. Lo increpó duramente y no obtuvo respuesta. Dicen que le tiró las barbas y le dijo: ¿En qué piensa...? Y como Guevara no respondió, remató absurdamente ¿En la inmortalidad de burro? Entonces, el máximo teórico de la Guerra de Guerrillas, el ex ministro de las finanzas de Cuba, el héroe de mil episodios universales, contestó: No. ¡En la inmortalidad de la revolución!

En las horas siguientes, un sargento ametralló cobardemente al prisionero, ocasionándole las mortales heridas que los periodistas de todo el mundo y numerosos campesinos pudieron contemplar en su cadáver exhibido en Valle Grande.

El régimen de Barrientos caerá bajo el peso de sus culpas, apurado en su final por el magnicidio ocurrido en Higuera. Los campesinos bolivianos que miraron incrédulamente a su libertador, al hombre que había dejado un cómodo vivir para sacrificarse por sus semejantes, llegarán a recibir las consecuencias del sacrificio, pues caído Barrientos tendrá que implantarse la justicia social.

Publicado en VERTICAL el 31 de Julio de 1968